

NOTAS SOBRE GALDÓS

Salvador de Madariaga nos dice (1) que Galdós sólo cede en eminencia a Cervantes en la historia de la novela española. Nos parece un juicio bastante acertado. Luego afirma que esta excelencia de nuestro novelista se reconoce en España, mientras que fuera de ella no. Nos habla, más adelante, de cierto *anti-hispanismo* «poco menos que universal».

Cuando escribe que el justo valor de Galdós es apreciado en nuestra patria, el aludido profesor de Oxford seguramente piensa en un número reducido de escritores y catedráticos con los cuales mantiene correspondencia (sabido es que lleva muchos años fuera de nuestro suelo), y eso, sin duda, le da una visión parcial que le confunde respecto a un panorama más ancho de la realidad aquí. Algo más general, por ejemplo, sería fijarse en un libro de texto para escolares de enseñanza media en este país, sobre literatura, y que se encuentra aceptado por los medios docentes para el estudio del cuarto año de bachillerato (curso 1965-1966). Un cuadro mnemotécnico que figura en la página 112 del indicado manual, en su apartado d), destinado a la novela realista, consigna este sorprendente resumen:

«*Destacan:* En Francia, Honorato de Balzac. En España, Pereda..., E. Pardo Bazán..., Palacio Valdés..., Blasco Ibáñez...

Otros autores: Pedro A. de Alarcón, Pérez Galdós y Varela (sic)».

La portada de tan extraño libro indica los nombres de los dos autores —tan extraordinaria clasificación pudo lograrse gracias a la colaboración—, pero mi flaca memoria no recuerda ya los patronímicos y apellidos de tan ilustres especialistas. Sin embargo, sí viene a mi mente

que a renglón seguido se consigna: «Lics. en Filosofía y Letras».

A veces la más alocada imaginación es desbordada por la realidad.

Sabemos que hay personas devotísimas, en Francia por ejemplo, de George Simenon, lo prefieren a Gide, a Proust, a Victor Hugo, pero los educadores galos suelen ser más objetivos a la hora de enseñar. Hace algunos años, en una tertulia literaria, donde se hablaba de las letras de aquel país, oyendo hablar, a un titulado de la Sorbonne, con mucho calor de *Bonjour tristesse*, muy en boga por entonces, le pregunté si él creía en realidad que Françoise Sagan representaba algo para la literatura francesa. Quedó un poco suspenso, se sonrojó y me contestó, a seguidas, que nada en absoluto. Más acá de los Pirineos, por lo visto, no podemos apartarnos de nuestros gustos, nuestras fobias, inclinaciones o prejuicios cuando vamos a realizar una labor didáctica.

Es obvio que, después del estudio de tan singulares lecciones de literatura, los jóvenes españoles sentirán muy poco interés por la obra de nuestro genial novelista, al que se le sitúa entre *otros autores* del siglo pasado y, precisamente, de los que *no destacan*. El contacto con esta realidad nacional nos llena el ánimo de una sensación múltiple de la que no pueden ser descartados los sentimientos de vergüenza, indignación ni amargura.

Dándose estas circunstancias interiores, ¿cómo podemos hablar de cierto *anti-hispanismo* «poco menos que universal»? Por otra parte tenemos premios Nobel concedidos a Echegaray, Jacinto Benavente y Juan Ramón Jiménez que hablan de la trascendencia europea de nuestros escritores. Ricardo Gullón nos cuenta, en un magnífico estudio que tiene sobre Galdós, que en 1912 se pensó en el premio Nobel a fin de paliar la mala situación económica en que se encontraba. El gran escritor, entonces, atravesaba un amargo período de su vida, ya próxima a extinguirse. El espectáculo que ofrecía aquel hombre ciego, inmóvil y callado —auténtico mártir de su libertad de conciencia y de una conciencia cristiana— no turbó a una jauría de reaccionarios que desencadenó una campaña terrible en contra. Tan insensata e increíble acción involu-

cró en idéntica postura a la Academia de la Lengua y a un Congreso de Estudiantes Universitarios. Esta deplorable actitud dentro del país, aunque tuvo sus excepciones (el obispo de Jaca, don Antolín López, y la Congregación de Agustinos adoptaron una actitud favorable), no podía, lógicamente, animar a la Academia sueca. Se vio obligada a cumplir el gris y odioso papel de Pilatos. Cuando los *críticos*, los académicos, los políticos y hasta la juventud universitaria de una España inverosímil, grita: «crucifícale», los suecos no ven otra salida sino dejar caer el agua en sus manos para purificarlas de tanto polvo ruin y lodo que las ha salpicado.

Nosotros hemos leído, hace muchos años, las obras del maestro. Nuestras preferencias entonces eran las novelas románticas de Víctor Hugo, *Los miserables*, *Hernani*, *Nuestra Señora de París*, *Los pescadores del mar*, *El hombre que ríe*, *Han de Islandia*, etc; Walter Scott, con su serie de novelas caballerescas; Alejandro Dumas y sus escritos novelescos, llamados históricos, *Los tres mosqueteros*, *Veinte años después*, *El cardenal Magarino*, *N. Bonaparte*, otros como *El conde de Montecristo*; el italiano E. Salgari, con sus relatos del mar de los Sargazos, historietas de piratería, también me interesaban; Xavier de Montepín y sus innumerables folletines *Los crímenes de la ambición*, *El mercader de brillantes*, *El médico de las locas*; las aventuras de Rocambole, en aquel tiempo ya lejano, fueron objeto de mi avidez; Charles Dickens ponía nudos en mi garganta con *David Coperfield*, *Casa de antigüedades*, *Tale of Two Cities* (*Los papeles póstumos del Club Pickwick* fue obra que leí más tarde y para mí la tengo como lo mejor de Dickens, pese a que «la escribió cuando aún era un jovenzuelo»); pues bien, nada ha quedado tan intensamente dentro de mí, a excepción de *Los Girondinos*, de Lamartine, que también me produjo gran impacto, como *Los episodios nacionales*, *Nazarín*, *Misericordia*, *La familia de León Roch*, *El amigo Manso*, *Fortunata y Jacinta*, etc. Sabemos que en esto último expresamos una opinión que se fundamenta en una experiencia puramente personal y, por consiguiente, esencialmente subjetiva. A muchos jóvenes no dirá nada, pero estamos seguros que encontrará un eco entre las personas

nacidas en los años veinte, y mayores, que hayan participado de las lecturas que a mí también me ocuparon.

* * *

Emilio Zola rompe unos módulos habituales. Aparece con temas distintos en el terreno de la novelística. Hace retroceder, violentamente podemos decir, un lenguaje constituido por palabras y giros considerados *el buen expresar*. Desplaza la atención hacia otros sectores y otros asuntos. Procede con vigor, con fuerza, para anular, para lograr la desaparición de unas maneras usadas en demasía. Es, siempre, necesario un cierto grado de energía cuando se pretende reformar cualquier nivel de la realidad. Zola representa, en el desarrollo de esta rama del arte literario —concretamente respecto a sus medios de expresión y temas—, la irrupción de un «contrario» que rápidamente absorbe a quien se opone, anulándolo al reformarlo, pero al mismo tiempo conservándolo en su esencia. Marca una transformación, una superación. En otras palabras: supone la introducción de nuevos factores, mayor complejidad para el arte de novelar. Un salto cualitativo.

Entre los novelistas del pasado siglo, Dostoievski y Galdós ofrecen, mejor que el resto, la evidencia de este progreso en calidad. Dos mundos novelescos reflejados con auténtico genio. La captación de la realidad, en uno y otro, con una mayor amplitud, les permite, disponiendo de materiales cuantitativamente superiores, una *reflexión* (es decir: una *devolución expresiva* de esa realidad) más perfecta y compleja.

Creemos que no se exagera ni se incurre en *chauvinismo* literario, por parte nuestra, cuando decimos que los dos grandes novelistas del siglo XIX fueron Galdós y Dostoievski. Éste más evolucionado en las ideas, atormentado, torturado constantemente por la duda; aquél, todavía apegado, aferrado, a la fe mística que caracteriza a muchos españoles. Los dos, portadores y difusores de las esencias más puras y humanas del cristianismo. Cada uno con un sentido diferente del humor. No nos atreve-

mos a negarle a Dostoievski, como lo hace el profesor Madariaga, el don de saber combinar lo trágico y lo cómico; nos parece que obras como *El idiota*, *La alquería de Stepanchikovo* y algunas más, junto con cuentos magistrales que nos dejó (*El señor Projarchin*, *El cocodrilo*, etc.), prueban con suficiencia dicha habilidad; mas estamos de acuerdo en que la dosificación de los dos factores de la mezcla grotesca está manejada con más destreza en el escritor canario que en el ruso.

Establecer diferencias y coincidencias entre estas dos grandes figuras de la novela, sería cuestión de paciencia y de una revisión exhaustiva y paralela de sus obras. Sin embargo, a toda velocidad y sirviéndonos de los datos que nos suministra la memoria, podemos aún, sin orden muy riguroso, sacar algunas más y de algún interés. Veamos, por ejemplo, la identificación de ambos en el hecho de asumir el mundo. No hay atisbos claros ni en uno ni en otro de abarcar un aspecto total del mundo como unidad social. Sus héroes son siempre individuos. Sus procedimientos de introducción en el mundo objetivo son distintos, pero en conjunto consideran la suma de individuos, sus movimientos, sus estados de ánimo, sus intereses, sus pasiones, sus sentimientos, relacionándolos. Los conflictos se plantean siempre así: entre sujetos, *personajes*. Estos personajes o protagonistas (individuos) son el eje sobre el cual gira la trama de la acción. A veces son simbólicos o representativos (arquetipos), paradigmáticos; es decir, que dan la pauta a la conducta que, en determinadas situaciones, deben seguir los individuos de carne y hueso. Por medio de tales arquetipos los dos escritores, o denunciando vicios o malas acciones, en otros protagonistas, persiguen fines éticos, pretenden la mejora de los individuos, o de la actuación en la sociedad de los mismos, ajustándola a una tabla de valores ideales cristianos. La presentación de problemáticas que afecten por igual a un número de individuos de un sector social no se advierten ni en Galdós ni en Dostoievski, al menos

concretamente. Para que los protagonistas de las novelas dejen de ser individuos y se conviertan en masas ciudadanas, sectores rurales o *clases* sociales, tienen que aparecer otros novelistas, más próximos, como Aldous Huxley (en *Contrapunto*), John Steinbeck (*Las uvas de la ira*) y Máximo Gorki (*La Madre*).

En el párrafo anterior hemos anotado la divergencia de procedimientos, utilizados por el autor eslavo y el latino, para ahondar en la realidad. Merece la pena desmenuzar un poco lo que simplemente se apuntó. Dostoievski desprecia las descripciones formales hasta extremos que hasta entonces ningún escritor había llegado. Las clásicas y convencionales pinturas del lugar donde se desarrolla la acción, casi obligatorias en todo relato, en su obra están casi excluidas. Los perfiles, las semblanzas exteriores, anatómicas, de sus personajes son completamente descuidadas. Fía en la imaginación del lector la concreción de unos esbozos que hace, simplemente, con un adjetivo o alguna frase alusiva. Sin embargo, a lo largo de sus líneas nos va suministrando tal cantidad de elementos de juicio que, insensiblemente, terminamos con un retrato perfectamente acabado de las figuras. No podemos llamar defecto a lo que en realidad es un procedimiento diferente.

En compensación a ese desinterés por la apariencia, encontramos una intensa preocupación por conseguir la mayor expresividad en el campo de lo psíquico. Ahí penetra como nadie lo hizo hasta el momento, señala un camino, poco conocido, que van a explorar después legiones de escritores y novelistas. Tres grandes narradores actuales como Joyce, Kafka y Faulkner podemos considerarlos consecuencia, aún con la posibilidad de que alguno de ellos no lo haya leído, lo cual no es muy probable, dada la difusión amplia y rápida que alcanzó la obra del maestro ruso.

En Galdós el procedimiento descriptivo, arrimado más a lo convencional y clásico, ostenta un equilibrio admirable. A sus personajes y situaciones les confiere una luz vivísima y resplandeciente. Sus héroes se mueven, a veces, en un angustioso mundo psicológico, pero no intentando buscar las causas de la inadecuación entre el alma y las *realidades objetivas* por una torturada senda en au-

mento constante, sino como seres normales en la vida misma: procurando la modificación de la realidad, en lo posible, o admitiendo, en su caso, la fatalidad con estoicismo, o con mansedumbre.

Nos retorna una realidad por él captada, desde el punto de vista humano, en infinitos matices, con temas esencialmente universales y figuras arrancadas a la realidad misma o nacidas en su imaginación. Estas últimas, posiblemente, transfiguraciones ejemplares de personas que alentaron en el tiempo, marcando una línea histórica distinta. Presentándonos así seres como *debieron ser*, no como fueron. En conjunto, su expresividad bien ordenada, bien administrada, sin cargar la mano en puntos determinados (bien en los caracteres psicológicos, rasgos exteriores o minuciosa y excesiva ilustración de escenario) nos ofrece el retrato de un mundo natural, habitual, donde el dinamismo de los sentimientos no nos arrastra, ni nos paraliza la frialdad estática de un desmesurado inventario de las cosas, paisajes o lugares donde se desarrolla la trama de la acción.

Estas condiciones hacen de don Benito, a la vez, un escritor genial y popular. Esta popularidad debiera ser universal. Sólo fue nacional y durante un espacio de tiempo limitado: los últimos años de su vida y algunos después. Nosotros, sus compatriotas, tenemos que cargar con esa responsabilidad, no podemos aliviarnos hablando de una conspiración exterior, «poco menos que universal».

Pensemos que teniendo en nuestro acervo literario la primera gran novela de la literatura universal, el *Quijote*, hemos conseguido hacerla impopular en nuestra propia tierra, al imponerla como texto obligatorio de lectura a los párvulos en las escuelas, sin detenernos a considerar los efectos desastrosos y negativos que tal medida forzosamente habría de causar en mentes cuyo nivel de receptividad al respecto es nulo con toda evidencia.

Hoy se hacen trabajos (2), dentro y fuera de nuestro país, para enmendar el trato injusto dado al autor de los *Episodios nacionales* y confiamos, o mejor, queremos, deseamos con toda nuestra voluntad, que esos esfuerzos obtengan el éxito que merecen. Que no alcancen el final triste de Nazarín en cuya mente enfebrecida se engendran

estas alucinantes palabras: «—Hijo mío, aún vives. Estás en mi santo hospital padeciendo por mí. Tus compañeros, las dos perdidas y el ladrón que siguen tu enseñanza están en la cárcel. No puedes celebrar, no puedo estar contigo en cuerpo y sangre, y esta misa es figuración insana de tu mente.»

ISIDRO MIRANDA MILLARES

(1) *Anales Galdosianos*, núm. 1, 1966, Las Américas Publishing Co., New York.

(2) José Schraibman, Sherman Eoff, Gerald Gillespie, E. J. Rodgers, Stephen Gilman, J. E. Varey, Madeleine de Gogorza Fletcher, Robert Ricard, E. Inman Fox, Joaquín Casalduero, Antonio Ruiz Salvador, Gonzalo Sobejano, Manuel Durán, Antonio Regalado. Ciriaco M. Arroyo, Manuel Hernández Suárez, Alfonso Armas Ayala, Rodolfo Cardona, etc. se ocupan en la actualidad de temas galdosianos.